

## BUDIA, EN EL CORAZÓN DE LA ALCARRIA



Sus orígenes son oscuros, aunque la zona es de ocupación prerromana. Las primeras certidumbres vienen con su conquista por el Reino de Castilla junto a los territorios de la línea del Tajo a finales del siglo XI. Incorporándose a la Comunidad de Villa y Tierra de Atienza, y sexmo

de Durón. Compartiendo destino con Jadraque, se concedió en señorío a los Carrillo en tiempos de Juan II, y así sigue en 1478, engrosando el Condado del Cid como uno de los títulos de los Mendoza, luego incluido en el Ducado del Infantado.

El régimen señorial no afectaba a los asuntos cotidianos de Budia, que se resolvían por un concejo que en 1434 obtuvo privilegio real con el que obtiene título de villa. Las relaciones con los Duques se limitaban a un vasallaje por Navidad (siete arrobas y media de miel y veintiocho capones bien cebados).

Los siglos de la Edad Moderna ven prosperar sus actividades agrícolas e industriales, con famosas tenerías y cordobanes. La tradición afirma que el judío Don Adán fue su fundador. Además de cuatro ermitas situadas en distintos lugares del término, el lugar de culto principal es la iglesia parroquial (San Pedro Apóstol), reconstruida en el siglo XVI sobre la original de la época de repoblación; tras la quema de su retablo en la guerra civil destaca entre sus atractivos la presencia de dos tallas de Pedro de Mena.

El paso de los siglos fija el trazado urbano, dejando un peculiar espacio triangular a la Plaza que hará de centro de las actividades locales. Población y riqueza suficientes para mantener un Hospital y un convento de carmelitas (Nuestra Señora de la Concepción), hoy en ruinas, aunque se conserva una curiosa nevera. Mientras el convento estuvo activo, entre 1732 y 1835, organizaba la fabricación de paños para la confección de hábitos, que se distribuían por las demás fundaciones de la Orden.

La situación en el centro peninsular no libró a Budia de los peligros de la guerra: en 1710, en el contexto de la Batalla de Brihuega, el ejército del Archiduque Carlos, que se retiraba hacia Aragón, se acantonó cuatro días en el lugar y lo saqueó, valorándose los daños en 44.000 ducados (más de 14.000 raciones de pan, el tesoro y ornamentos de la iglesia, y la quema de más de 6.000 colmenas). No obstante, el pueblo se recuperó y prueba de ello es que del siglo XVIII datan la mayor parte de las portadas ennoblecidas con dinteles de piedra y distintas inscripciones presentes por todo el pueblo.